

claros ojos, talle erguido,
grave paso y voz solemne.

Sin duda por sus virtudes
alto respeto merece,
porque todos en silencio
aparentan conocerle.

Díjole el juez: «Perdonadnos,
porque, en vela de las leyes,
somos por nuestro destino
hombres afuera, aquí jueces.»

Y con acento más firme,
al capuchino volviéndose,
en ademán imperioso
díjole: «Padre, ¿qué quiere?»

El religioso, sereno,
en faz y gesto imponente,
contestó: «Apoyo del justo,
que la justicia no yerre.»

EL JUEZ

Si erró la justicia acaso,
nos fuera ayudarla en gozo.
Decid dónde.

EL MONJE

En este mozo,
que ya con ánimo escaso
habló á impulsos del dolor,
y en cuanto dijo ha mentido.

DON TELLO

Padre, tarde habéis venido,
y que os volváis es mejor.

EL MONJE

Escuchadme.

EL JUEZ

Ya es en vano.

EL MONJE

Oidme.

EL JUEZ

Dije que no.
Como reo confesó,
y juró como cristiano.

EL MONJE

Ved que ha de saberlo el Rey,
y que en ello soy testigo.

EL JUEZ

Yo no soy quien le castigo,
que escrita me dan la ley.

EL MONJE

Mirad que él no le mató,
que desde un balcón lo vi;
no es el reo.

EL JUEZ

Será así.

EL MONJE

¿Condenáisle?

EL JUEZ

Confesó.

EL MONJE

Ha mentido.

EL JUEZ

No lo sé.

Don Tello, otra vez jurad.

DON TELLO

¿Queréis matarme? Acabad;
juro que á un hombre maté.

EL JUEZ

Pues veis que otorga el delito,
dejadle sufrir la pena.

EL MONJE

¡Ved que el miedo le condena!

EL JUEZ

Padre, en la ley está escrito.

Quedó el monje meditando
del reo la confesión,
inmóvil en el salón,
de lo que mira dudando.

Firmó la sentencia el juez,
y del estrado al bajar,
en voz alta á preguntar
volvió el monje otra vez:
—¿Conque muere?

—Vedlo vos,

contestó el juez: y aun dudando,
fuése el monje murmurando:
«¡Si no hay justicia, no hay Dios!»

El sol, en trémulas hebras,
tornasolando los aires,
tranquilo, radiante y puro,
en colores se deshace.

Doquier el pueblo se agolpa,
doquier los balcones abren,
en faz de ver ó esperar
lo que pasa, ó lo que pase.

Doquier bellas en las rejas,
doquier hidalgos galanes,
doquier desenvueltas mozas,
clérigos y militares.

Todo es turba y movimiento,
tropezar y atropellarse;
todos van hacia la plaza,
ganando esquinas y calles.

Todos por bajo platican
cual si una historia contasen
que preguntándola todos,
todos á la par la saben.

Comprenderse apenas pueden
en razones desiguales,
la razón de lo que á todos
tan afanosos los trae.

Óyense en palabras sueltas,
entre otras mil estas frases:

—Es justicia.—Son las doce.

—¡Quien tal hace, que tal pague!

—Del Rey aguardan indulto.

—Ya daban vuelta á la cárcel.

—Hace ocho días.—Es noble.

—¡Sálvele Dios!—¡Pobre fraile!—

Y á veces, allá á lo lejos,

en lastimosos compases,

otra voz reza ó pregona

con acento suplicante.

Hierve en la plaza la gente,
puertas cierran, rejas abren,

y á un-tiempo todos los ojos
se vuelven hacia una calle.

Por ella, en orden siniestro,
muchos soldados delante,
de dos en dos muchos hombres,
á otro hombre á la plaza traen.

Atadas tiene las manos,
descolorido el semblante,
descubierta la cabeza,
desaliñado en el traje;
sin valona y sin espada,
capotillo ni acicates,
sobre una enlutada mula,
y acompañado de un fraile.

Van detrás algunos monjes
de varias comunidades,
con cirios que al sol del día,
aunque no le alumbran, arden.

Los ministros de justicia,
el reo y el pueblo parten,
y el pregonero decía
en lúgubre son delante:

«Esta es la final sentencia
que hoy debe de ejecutarse
en don Tello Arcos y Aponte
por mano de Luis Hernández,
ejecutor por el Rey....»

Y al transponer una calle,
perdióse con el bullicio
la sentencia con la frase.

Abrióse la muchedumbre
y entraron con paso grave
dentro de la plaza juntos
los que vienen y el que traen.

Llegados á una escalera
con que unos maderos hacen
ancha subida á un cadalso,
dijo una voz: «Que le bajen.»

Bajó el reo, y en la escala
el religioso sentándose,
díjole con voz inquieta
que de hinojos se postrase.

Así fué, y ambos quedaron
en posición semejante,
sin que sus ténues palabras
alcanzara osado nadie.

Mas sobre el hombro del reo
algún ojo penetrante,
á saberlo, ver pudiera
el ojo atento del fraile.

Y en su inquietud confiada,
más bien que reconciliarle,
víase que era dar tiempo
á que tiempo se ganase.

Avisóle la justicia;
se alzó el reo, calló el padre;
llegaron hasta el cadalso,
y tornaron á postrarse.

Tornó á avisar la justicia
y á la confesión el fraile,
y más de las doce y media
señalaba ya el cuadrante.

—Don Tello, decía el monje,
dad tiempo á que el tiempo pase,
que fuera mengua en el Rey
que su perdón os negare.

—¡Pluguiera, buen monje, al cielo,
que así tan ciego no errarais!
—Siendo testigo.....

—¿Qué importa?
—Fuera otro crimen.

—¡Quién sabe!
—Yo sé que sois inocente,
puesto que no le matasteis.
—Secretos del cielo son,
como el cielo impenetrables.
—¡Imposible!.....

—Padre, pronto.
—¡Que tanto el indulto tarde!
—¡Padre, es vano!
—¡Oh, que no hay cielo,
cuando acudiros no sabe!—
Y el capuchino, azorado,
las miradas suplicantes
desesperado tendía,
sin aliento, á todas partes.

Por vez postrera volvieron
con más empeño á avisarle,
y el reo dijo: —¡Es inútil!
¡Padre, que muera dejadme!
—No, don Tello, ¡por mi vida!
Y volviéndose anhelante
el monje á la multitud,
así rompió á voces grandes:

«¡Está inocente!.....» En tumulto
impidió que terminase,
la turba, que por oírle
gritaba á su vez: «¡Dejadle!»

«¡Está inocente!», decía
el monje, y en voz pujante

decía el pueblo en tumulto,
sofocándole: «¡Dejadle!»

Gritaba el pueblo, y el monje
gritaba, y palabras tales
se le oían: «¡Dios..... Testigo.....
Indulto..... El Rey!» ¡Todo en balde!

Unos decían: «¡Oidle!.....»
Otros decían: «¡Salvadle!.....»
Pero cuando todos hablar,
es cuando no escucha nadie.

Arrodillado don Tello,
y el ejecutor delante,
hizo la justicia seña,
y el verdugo hizo su parte.

Calló el pueblo; calló el monje;
y al ver la cabeza en sangre
bañada, desesperado
se perdió en la turba el fraile.

Y allá en el fin de la plaza,
volviendo el rostro un instante,
«¡Si no hay justicia, no hay Dios!»
dijo y transpuso la calle.

IV

CONCLUSIÓN

Coronada de juncos y espadañas
hay en un soto cristalina fuente,
donde al abrigo de sonantes cañas,
en arroyo se cambia mansamente.

Espérala el Pisuerga, y de sus olas
la abre amoroso el transparente seno,
con silvestres espigas y amapolas
de su margen bordando el cerco ameno.

A su amoroso halago nunca ingrata,
la fresca y sonora fuentecilla
mezcla constante su raudal de plata
con la del padre río agua amarilla.

Y allá á lo lejos, por la angosta calle
que la abren en dos bandas cien colinas,
Valladolid dibújase en el valle,
velada entre las pálidas neblinas.

Y la vieja Simancas, más ufana,
alza á su espalda la torreada frente,

que pintan á la par en la onda vana
los tres ríos que abarca con su puente;

Do empiezan á tender los arenales
su enmarañado pabellón de pinos
por donde abren en grietas desiguales
sus engañosos lindes los caminos.

Era la hora en que, cansado acaso
de su rauda y magnífica carrera
el moribundo sol hunde en ocaso
su universal espléndida lumbrera.

Dábale el ruiseñor su despedida
desde el olmo sombrío que le oculta,
alegre adiós á la gloriosa vida
del astro rey, que en sombra se sepulta.

Despídenle las auras y las hojas
y las sutiles auras que adormecen,
y las coronas de los pinos rojas,
á su luz, despidiéndole, se mecen.

Todo era paz y lánguido sosiego
en la fresca pradera y soto umbrío,
todo aspiraba el esplendente fuego
en derredor de fuente, soto y río.

La luz tendiendo de los ojos vagos
sobre el rápido arroyo campesino,
del llanto preso resistiendo amagos,
velaba el solitario capuchino.

Y allí con él su exasperada duda
revolviéndose audaz dentro del pecho,
hondo tormento daba al alma ruda,
sitio en el corazón hallando estrecho.

Continuo presentábale su mente
la ensangrentada imagen de don Tello,
á quien de un crimen defendió inocente,
y á quien la injusta ley mató por ello.

Y allá en su alma, á quien vicia
de lo humano la miseria,
así la ruda materia
luchaba con su impericia:
«No hay Dios donde no hay justicia,
porque á ser de otra manera,

ó Tello no pereciera
con tan clara sinrazón,
ú oyera el Rey mi razón,
ó el matador pareciera.

»Que Tello al cabo murió,
ojalá no fuera cierto;
que no es reo en lo del muerto,
por mis ojos lo vi yo.
Si la ley le condenó
con ignorancia ó malicia,
manifiesta la injusticia
en entrambos casos fué,
que si Dios existe, á fe,
no está Dios do no hay justicia,

»Porque hacer el bien y el mal,
y negar al mal el bien,
arguyera error también
en la justicia eternal;
que amparar al criminal
é ir del inocente en pos
contra el justo de los dos,
fuera en Dios ley bien tirana;
luego, en consecuencia llana,
do no hay justicia, no hay Dios.

»Y puesto que si es, no es justo,
siendo así Dios no cabal,
en obrar el bien ó el mal
cuerdo es no forzar el gusto.
Pues no es Dios un Dios injusto,
no quiero por mi impericia
tener un Dios de injusticia,
de sus hechuras ajeno;
que en este mundo terreno
no está Dios, pues no hay justicia.

»Y si niegas, Dios, aquí
tu justicia, aquí no estás,
y donde no estés, de hoy más
quiero vivir para mí;
que si hijo tuyo nació,
es bueno y justo á los dos
que el hijo te vaya en pos,
y que tú acudas al hijo,
ó mintió quien tal nos dijo,
pues sin justicia, no hay Dios.»

Así pensaba el monje vacilando,
sin razón ni creencia que le acuda;
cuanto más convencido, más dudando
por entre el laberinto de la duda;

Y triste, y macilento, y sin destino,
sin fe en el mismo Dios que á par confiesa,
sentóse á las orillas del camino,
como fardo á posar que mucho pesa.

Miserable reptil, busca en la tierra
lo que la tierra misma no merece;
y el ciego pensamiento se le cierra,
y el atrevido pensamiento crece.

Acosado de amargos pensamientos,
de negras dudas entre turbias nieblas,
nave presa de ciegos elementos,
hasta en su propia luz halla tinieblas.

Y así, al dulce rumor del agua mansa,
son de las hojas, trino de las aves,
en fatigado corazón descansa
á los murmullos lánguidos y suaves.

Tal vez abriendo los cansados ojos,
la moribunda luz goza un momento,
y la imagen de Tello le da enojos,
y el sueño se la roba al pensamiento.

Tal vez aún en duda congojosa,
razones sueña y vanidad delira,
la claridad fingiendo misteriosa
de lo que le huye más cuanto más mira;

Que así lo muestra el fatigado aliento
que el pecho en sueño atosigado lanza,
revuelto mar que el torvo movimiento
del gran volcán del pensamiento alcanza.

Sorbió el falaz crepúsculo la noche,
ganó el espacio la callada sombra,
la flor cerró su perfumado broche,
veló la tierra su pintada alfombra.

Allá á lo lejos, tras el negro monte,
á tardos pasos asomó la luna,
tibia alumbrando el lóbrego horizonte,
rasgando el vuelo que la sombra aduna.

Vagaba el aura y susurraba el río,
murmuraba la fuente que corría,
y de ella al pie, con ademán sombrío,
el capuchino su pesar dormía.

Iba la parlera fuente
resbalando entre la hierba,
en son acorde lamiendo
la parda y menuda arena,

Y á la fugitiva lumbre
que en sus ondas reverbera,
la luna en su espejo errante
la pálida faz refleja.

Brotaba espumas de plata
el ronco y turbio Pisuerga,
bañando en corvos cristales
entrambas á dos riberas,

Y al compasado murmullo
de aguas, hojas, aura y presas,
en insomnio inquieto el monje,
tendido á la orilla sueña.

Alzando á veces los párpados,
como quien duerme y le pesa,
la luz se pinta en sus ojos
entre cendales de niebla.

Siente el agua que murmura
y el aura que bulle apenas,
y en vago adormecimiento,
oye, ve, respira y piensa.

Á través del agua mansa
que el límpido arroyo lleva,
algún objeto confuso
la luna blanca le muestra.

Duda y mira, y, fatigoso,
otra vez los ojos cierra,
y anda el torpe pensamiento
en lucha con una idea.

Tornó á descorrer los párpados,
y allá en el agua serena,
entre las sombras del sueño,
un rostro á mirar acierta.

Tornó á dudar acosado
entre si duerme ó si vela,
contemplando aquel semblante
de igual color que la tierra,

Fantasma, ilusión ó ensueño,
que minucioso semeja
al muerto don Tello Aponte,
que finó la tarde mesma.

Tornó á dudar, mal despierto
y mal dormido en su vela,
al ver detenida el agua
y apilada en las riberas,

Y en el lecho del arroyo,
al nivel de las arenas,
todo el cadáver de un hombre
asido con su cabeza.

Alzóse desfavorido
el monje, mas teme y tiembla

cuando el cuerpo de don Tello
le dice así en voz severa:

—¿Conocéisme, padre?

—Sí.

—A que me siente ayudad.
Bajo mi cuerpo mirad
lo que hay debajo de mí.—

Miró el monje, y con asombro
halló la faz macilenta
de otro á quien Tello cubría
pie á pie y cabeza á cabeza.

Temblaba el monje aterrado,
de rodillas en la hierba,
y don Tello en voz solemne
díjole de esta manera:

«En duelo injusto los dos,
á traición le asesinó:
no preguntéis el porqué
de la justicia de Dios.»

